

LA PORTADA

Cándido López (1840-1902). Hospital de Sangre Brasileiro y de enfermos argentinos en el campo atrincherado de Paso de la Patria, el 17 de julio de 1866, República del Paraguay (Detalle). Óleo sobre tela, 104x40 cm. Cortesía del Museo Histórico Nacional. Director Dr. Juan José Cresto.

UN CUADRO DE CANDIDO LOPEZ

Cándido López fue un gran artista, en quien la “realidad verdadera” se eleva a la “realidad estética”. Es un poeta de fina sensibilidad que se trasunta en cada uno de sus cuadros, sus poemas toman formas y colores. Es lo que vio, lo que recordó, todo cuanto llevó a sus telas, sin embargo, con una conmovedora modestia, decía de sí mismo que era un simple “cronista de la guerra”. Soldado voluntario reiteradamente condecorado por su valor en aquella guerra feroz y sin cuartel que tuvo por escenario el desolado trópico, supo llevar lo sórdido y vulgar al nivel de la belleza. Sus miniaturas admirables se agrandan. Es el más grande pintor de lo más pequeño y llegó a pintar –valido de una enorme lupa– con pinceles de hasta un solo pelo. Así, es posible ver mediante cristales de aumento, a soldaditos de dos milímetros con su correa y ¡hasta con sus botones!

Como casi todos sus cuadros posteriores a Curupaytí, pintados con su mano izquierda adiestrada, ya que en aquella dolorosa batalla perdió la derecha por la metralla, el **“Hospital de Sangre Brasileiro y de enfermos argentinos en el campo atrincherado de Paso de la Patria, el 17 de julio de 1866, República del Paraguay”** –que tal es el verdadero título que le impuso su autor– y que está en poder del Museo Histórico Nacional, como la mayor parte de su obra, refleja un instante, capta un momento, describe un segundo de un episodio de la guerra. Ese día, el teniente segundo Cándido López, ve una escena y traza un boceto con carbonilla en sus rollos de hojas blancas que llevó en su mochila.

Allí estaba. En este caso era el hospital de sangre del ejército del Imperio del Brasil. Lo vio, lo captó en su dibujo, desde la retina al papel y quedó para siempre la imagen objetiva. Como en casi todos sus cuadros, él mismo, observador de la escena, se ubicó en un sitio alto y lo pudo ver en conjunto, desde arriba. A diferencia de otros cuadros, no tiene tanto movimiento de gente por tratarse, precisamente, de un hospital. Sin embargo ¡el cuadro vive! La mitad superior es de Dios. Son los cielos inclementes del trópico, con el agravante que, en este caso, no hay arboledas de color verde intenso, sino apenas una achaparrada vegetación salvo un árbol del primer plano. Luego carpas y más carpas. Y carretas. Y carros. Y todo el drama de los heridos trasladados.

El propio Cándido lo escribió en la explicación que dio para sus cuadros. Dijo en algunas frases: *“...El campo atrincherado del Paso de la Patria desde los primeros días de Mayo se había convertido en campo de dolor y de tristeza. Los brasileiros habían establecido un hospital de sangre cuyas grandes y ochavadas carpas con su bandera roja en medio entristecían el alma.*

La iglesia también se había convertido en hospital de oficiales argentinos, y no cabiendo ya más en su interior, se había establecido algunas carpas en su frente. Todo tenía aspecto triste. Este fue uno de los días más desgarradores para mí, porque desde por la mañana hasta la noche llegaron sin cesar heridos del terrible combate del 16, preludio del ataque del Boquerón.

Las ambulancias venían cargadas de heridos; las mulas ya no podían tirar más, y á veces paraban á algunas cuadras antes de llegar al hospital, siendo necesario llevar á pulso los cuerpos ensangrentados de los camaradas...”

Nos gustaría señalar un contraste: hay cuadros de Cándido que describen campamentos, cruces de ríos, marchas hacia objetivos y todos ellos podrían ser escenas pacíficas de obreros de una represa, de un nudo caminero, o de tantas obras públicas trabajando al aire libre. Son soldados en guerra y son cuadros de paz, de personas, gentes, hombres que hacen cosas diversas. En cambio, este cuadro de un hospital de sangre, es de apariencia pacífica y es una verdadera escena de guerra, de lo peor de las confrontaciones, de la otra cara de los conflictos, donde médicos y auxiliares luchan denodadamente otra clase edificante de guerra contra la gangrena, la infección, la enfermedad y la muerte. Así, por lo tanto, este pacífico cuadro de un campamento sanitario es auténticamente una pintura bélica.

Y las escenas. Ver en detalle a un oficial ayudar a otro a bajarse de la chata que lo ha conducido porque no puede hacerlo por sí mismo, otros que preparan la camilla para los que, sin duda, aún están dentro del carruaje sin poderse valer, y tres soldados que acomodan a un camarada en una parihuela, y dos soldados que cargan en brazos solidarios a un herido hacia un carro próximo indicado por un oficial, y más allá otros tirados en el suelo, sin duda cadáveres, a quienes dos soldados con la cabeza baja les elevan su última oración. Y, para no proseguir esta descripción y análisis, limitada por la razonable exigencia del breve espacio, el sacerdote que eleva la cruz y otorga la extremaunción a quien ya no espera nada de este mundo.

El suelo gredoso, de tierra estéril consumida por colores impíos, termina por dar el triste espectáculo de un lugar en el mundo, próximo a la muerte, con todo el vigor del espanto de las batallas. ¿Habría un alegato pacifista más profundo, más sincero que el objetivo pincel de este pintor baldado de guerra?

Juan José Cresto
Director del Museo Histórico Nacional,
Buenos Aires

- - - -

Frente a Itapirú el Paraná se angosta a 1,25 millas para luego ensancharse en una bahía, donde se divide en dos canales por una serie de bancos e islotes. De estos los más importantes son el Banco de Toledo, la Isla Carayá o de los Monos Aulladores y la Isla de Santa Ana. Casi en línea recta hacia el sur, sobre la margen correntina, se halla el pueblo de Corrales, también denominado Campamento del Paso, construido en 1849. Se lo conoce además como el correntino Paso la Patria, es decir un paso público donde los viajeros que se dirigían a sus hogares eran cruzados en canoas. En ese sitio los brasileños levantaron pesadas baterías para bombardear fuerte Itapirú. Debajo de la alta barranca distinguimos algunos ranchos y una reducida flotilla que embarcaba ganado. El pueblo está fuera de la vista. En la margen norte, a unas dos millas al norte, estaba el pueblo capilla-paraguayo-Paso la Patria-, a unas cinco horas de navegación de Corrientes y a setenta leguas u ocho días de viaje desde Asunción. Allí el Mariscal Presidente López había levantado una sólida construcción, con redientes y muros, apoyado sobre dos lagunas y un carrizal impenetrable, y pertrechado con treinta cañones de campaña. No obstante lo abandonó precipitadamente en cuanto el enemigo desembarcó en territorio paraguayo. Los invasores establecieron en ese lugar sus hospitales y bazares, de los que ahora no quedan rastros, y lo convirtieron en su base de operaciones por dos años.

Richard Francis Burton (1821-1890)

Cartas desde los campos de batalla del Paraguay (*Letters from the battle-fields of Paraguay*, 1870).

Traducción castellana de Rosa María Torlaschi. Buenos Aires: El Foro, 1998. Carta XIII,

De Corrientes a Humaitá, p384 (escrita desde Humaitá el 22 de agosto de 1868).